

## KRISTINA, OLAF Y SU CAMINO

Puede ser que alguno de vosotros conozca o haya oído hablar de la villa de Covarrubias, a unos 60 kms. de Burgos y de nuestro viejo conocido, el Camino Francés.

Pero más incluso que su actual colegiata del siglo XVI, las murallas defensivas, el casco histórico o el Torreón de la reina Doña Urraca, llama la atención del viajero la pequeña estatua de una princesa noruega de la edad Media.

¿Y por qué puede estar allí esa imagen y por qué cuento esto en el boletín de una Asociación de Amigos de Peregrinos?

La historia resulta cuando menos curiosa. La princesa, de nombre Kristina, era hija del rey de Noruega que, con el objetivo de afianzar alianzas comerciales con los reinos del Sur de Europa, decidió emparentarla con la familia del rey de Castilla, entonces Alfonso X el Sabio. Éste ofreció al rey noruego a cualquiera de sus hermanos para convertirse en el marido de su hija.

Una vez alcanzado el acuerdo, el reino de Noruega envió a Castilla una comitiva de más de 100 personas, cargada con la extraordinaria dote de la Princesa embarcada en una gran nave vikinga.

El viaje hasta Castilla duró cerca de 4 meses y fue rocambolesco. La princesa y su séquito embarcaron a finales del verano de 1257 en la ciudad de Tonsbørg, haciendo escala en Inglaterra para cumplimentar al rey.

Ante la posibilidad de un ataque pirata en el Golfo de Vizcaya que tratase de robar el ajuar de la princesa, se cambió el plan inicial y se decidió cruzar el Canal de La Mancha para continuar a caballo recorriendo Francia, cruzando los Pirineos desde Narbonne y llegando a Barcelona.

El propio rey Jaime I el Conquistador salió a recibir al cortejo a las afueras de la

ciudad, dónde cogió la brida de su caballo para conducirla personalmente hasta palacio.

Parece ser que en los dos días que los nórdicos permanecieron en Barcelona, el rey tuvo tiempo de encapricharse de la joven princesa, escribiendo incluso al rey de Castilla pidiendo que se anulara el compromiso para permitir a Kristina casarse con él mismo.

Alfonso, sabio cómo era, no quería líos ni con su suegro (estaba casado con Violante, hija de Jaime I) ni con sus hermanos (todos ellos candidatos a la mano de Kristina), así que, en un gesto bastante inusual, dejó la decisión en manos de la comitiva enviada por el rey de Noruega, ofreciéndole una detallada descripción de cada uno de ellos.

La opción del rey de Aragón se descartó pronto, puesto que tenía ya casi cincuenta años y la princesa sólo 23.

Finalmente, entre todos los hermanos del rey, se decidió casar a Kristina con Felipe, infante y por aquel entonces abad de Covarrubias (con sólo 21 años), al que para ello se obligó a abandonar la carrera eclesiástica, cosa que al parecer no debió resultarle particularmente difícil.

Así que la comitiva prosiguió su viaje, llegando a celebrar la Navidad en el Monasterio de las Huelgas, en Burgos, junto a la familia del novio.

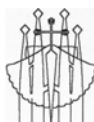
En marzo de celebró la boda en Valladolid y los dos se trasladaron a vivir a Sevilla. Aunque no por mucho tiempo.

¿Y todo esto qué tiene que ver con el peregrinaje y con nuestro boletín?

Pues parece que la princesa, antes de morir, con sólo 27 años, llena de tristeza y melancolía, o aplastada por el calor de Sevilla al que no se llegó a adaptar, pidió a su marido que erigiera en Castilla una ermita al santo Olav, del que era muy devota.

Olav era un rey vikingo que en sus andanzas y pillajes por Normandía a principios del siglo XI, escuchó la historia del cristianismo y acabó por convertirse.

Tanto es así, que cuando llegó a Inglaterra, de regreso hacia Noruega, decidió abandonar sus barcos de guerra para dedicarse únicamente al comercio.



Al llegar a sus dominios, extendió el culto por todo el reino, logró unificar los tres reinos que componían lo que ahora es Noruega y alcanzó la paz con los vecinos de Suecia.

Pero poco después tuvo que enfrentarse a un complot de la nobleza de su propio reino, bastante molesta porque en su afán por cumplir con los preceptos del cristianismo, Olav decidió que los nobles deberían perder sus privilegios y acatar las mismas leyes que los campesinos.

Fue derrocado por el rey de Dinamarca, que invadió su país apoyado por la propia aristocracia noruega. Se exilió entonces en Kiev, desde donde incluso se le ofreció el trono de Bulgaria. Pero él decidió tratar de recuperar lo que consideraba suyo y se enfrentó a los daneses en la batalla de Stiklestad.

La cosa acabó muy mal para Olav, que murió allí mismo con sólo 35 años. Su cuerpo fue llevado a una ermita sobre la que se construyó la actual catedral de Nidaros (hoy Trondheim) donde, desde el primer momento, se pensó que el rey se había convertido un santo capaz de hacer milagros.

Su tumba se había convertido, ya en vida de Kristina, en un lugar de peregrinación con una red de más de 5000 kms. de caminos que confluyen en Trondheim. El principal de los cuales parte desde Oslo, a más de 650 kms. de distancia.

Y es aquí donde regresamos a la triste historia de la princesa, que al borde de la muerte suplica a su marido, el Infante Felipe, que construya una ermita a su venerado rey/santo Olav.

Pero la princesa murió en Sevilla y fue enviada a enterrar a Covarrubias. Su tumba permaneció casi en el olvido hasta que a finales de los 50, un albañil que trabajaba en la colegiata, encontró un sarcófago casi por casualidad. Al abrir la lápida apareció el cuerpo de una mujer joven, muy alta para la época (más de 1,70), de rubios cabellos y uñas rosadas que aún se conservaban, ricas ropas y parte de las joyas que poseía.

La tumba se trasladó al claustro de la colegiata y desde entonces puede verse cubierta por la bandera de Noruega.

La estatua que actualmente existe frente a la puerta de la colegiata fue donada por la ciudad de Tonsberg, hermanada ya entonces con Covarrubias, en 1978.

Hoy, más de 750 años después de su muerte, la princesa Kristina ha visto cumplida su petición. A un par de kilómetros de Covarrubias, en el valle de los Lobos, se ha construido su soñada ermita dedicada al santo rey Olav II.

Se inauguró en septiembre de 2.011, con un diseño muy diferente al que estamos acostumbrados, con muros de acero que sustituyen las piedras de hace siglos e interiores completados en madera.

Por todas partes aparece la simbología de las tres armas que acabaron con la vida de Olav. La espada, el hacha y la lanza.

Se trata de un templo ecuménico, con las puertas abiertas a los católicos y a los luteranos, en el que también se realizan conciertos y eventos culturales de muchos tipos. Incluso tiene gradas externas desde las que se puede contemplar el interior de la ermita.

Pero lo que destaca desde que el caminante se adentra en el valle es su torre exenta, también cubierta de acero, que sirve como faro para guiar a los caminantes.

Sí, porque desde la ciudad de Burgos se ha señalado un camino a semejanza del que conduce a Trondheim, que permite a los peregrinos desviarse a conocer este, sin duda curioso lugar.

Incluso en la oficina de turismo de Burgos puede conseguirse la credencial en la que sellar los pasos que nos conduzcan hasta allí.

El desvío puede merecer la pena si se dispone de tiempo, y es una buena excusa para conocer algo más de la provincia de Burgos.

Si queréis saber más:

<http://www.caminodesanolav.es/es/portada/>

<http://www.arlanza.com/es/contenido/?idoc=11214>

<http://www.fundacionprincesakristina.com/>

José Luis del Campo Aparicio

**Pág. VII**

